

bajos de Hércules conserva en efecto cierto sabor de siglo XIV, y prescindiendo de la armazón mitológica, en que se ve bien claro el paso á una escuela distinta, no difiere mucho, en cuanto al fondo didáctico y sentencioso, de los libros semimorales, seminovelescos, de Raimundo Lulio y de D. Juan Manuel, tales como el *Libro de los Estados* ó el *del Caballero et del Escudero*. Quería D. Enrique que su libro fuese «espejo actual á los gloriosos caballeros en armada caballería, moviendo el corazón de aquéllos á non dubdar los ásperos fechos de las armas et aprehender grandes et onrados partidos, enderezándose á sostener el bien común, por cuya rrasón caballería fué fallada: é non menos á la cavallería moral dará lumbre é presentará buenas costumbres, por sus señales desfaciendo la texedura de los vicios é dominando la ferocidad de los monstruosos actos, en tanto que la materia presente más es *satira que tragica*».

En estas últimas palabras puede verse alguna reminiscencia dantesca, así como la parte alegórica de la obra descubre al lector asiduo de la *Divina Comedia*, y aun de los *Triunfos del Petrarca*. «Será este tractado en doze capítulos partido, é puesto en cada uno de ellos un *trabajo* de los del dicho Ercoles, por la manera que los ystoriales é poetas los han puesto; é después la *exposición alegórica*, é luego la *verdat* de aquella ystoria, según realmente contesció, é dende seguirse ha la *aplicación moral* á los estados del mundo, é por exemplo al uno de aquellos trabajos».

Siguiendo este plan, la destrucción de los Centauros simboliza la de los *criminosos y malfechores*, y da *espejo e lumbre al estado de los príncipes*; el león de Nemea representa la soberbia «enemiga de todas virtudes é buenas costumbres», y la maza con que Hércules le doma es la potestad eclesiástica de los preladados, más piadosa que el «cuchillo de justicia temporal». Las arpias de Fineo son la codicia, raíz de todos los males y peste del noble estado de los caballeros: las manza-

nas de oro simbolizan el don de la ciencia, en cuya persecución deben afanarse especialmente los religiosos: el Cancerbero vencido es símbolo del don de la paz, tan duro y trabajoso de conseguir, pero tan apetecible al buen ciudadano. El castigo del feroz Diomedes da enseñanza á los tratantes y mercaderes para que se guarden de ilícitas ganancias. La hidra de Lerna es ejemplo para los labradores, la historia de Archeloo para los menestrales: Anteo, hijo de la Tierra, es personificación de la brutalidad y de la ignorancia; el jabalí de Calidonia, de la sensualidad grosera, y, finalmente, el gran trabajo de sostener el cielo sobre los hombros, ¿qué otra cosa puede ser sino la práctica de las virtudes que requieren hombros robustos para remontarse al cielo?

Algunas de las alegorías son, como se ve, ingeniosas, pero las más están traídas por los cabellos. El conjunto agrada, sin embargo, y puede compararse con una vieja colección de tapices en que estuviesen representados y moralizados los trabajos de Hércules. Fué de todas las obras de D. Enrique la que más veces se copió, y la primera que mereció los honores de la impresión á fines del mismo siglo xv (1). Es fácil disfrutarla en la reproducción fotolitográfica que de ella ha hecho D. José Sancho Rayón.

Mucho más ameno y más útil para la historia de las costumbres en la Edad Media es el *Tractado del arte de cortar del cuchillo*, que ordenó D. Enrique á *preces de Sancho de Jarava*, y que ordinariamente se conoce con el título de *Arte Cisoria*. Dos códices, por lo menos, existen de él: uno, falto de una hoja, en la biblioteca del Escorial, y otro, completo y no menos antiguo y estimable, en la mía particular. Dos son también las ediciones, ajustadas ambas, aunque no con la misma exactitud y rigor, al códice escurialense: la de 1766, publicada por la Real Biblioteca de San Lorenzo, y la

(1) La primera es de 1483, Zamora, por Antón de Centenera.

muy esmerada y curiosísimamente ilustrada de D. Felipe Benicio Navarro, en Barcelona, 1879, una de las más lindas publicaciones de bibliófilo que en estos últimos años se han hecho.

Quien emprenda formalmente el estudio de la vida familiar y cortesana de los tiempos medios, no puede prescindir de este y otros libros análogos. La historia no está solamente en las crónicas; y precisamente lo que las crónicas dejan en olvido, por ser notorio á los contemporáneos, es lo que para nosotros puede dar más sabor de realidad al relato histórico, completándole y realzándole con su propio y adecuado colorido. La fisonomía de una época no resulta solamente de los textos históricos: más viva está en los literarios y en los que pudiéramos decir técnicos. Más que con abstracciones y vaguedades de historia filosófica se penetra el modo de vivir de nuestros padres en los siglos XIV y XV leyendo los cantares del Archipreste de Hita, los libros de venación y cetrería, el *de los dados, juegos et tablas*, el *Arte Cisoria*, el *Menor daño de la Medicina*, de Chirino, el *Corbacho*, del Archipreste de Talavera, y otros tales, cada uno de los cuales nos revela un aspecto de la vida con exactitud pasmosa. El gran cuadro social resultaría de la combinación de todos ellos; pero hasta ahora nadie le ha intentado, ni es fácil ejecutarlo, porque con ser tantos los testimonios, no bastan, ni con mucho, para disipar todas las obscuridades.

Aunque el libro de D. Enrique sea principalmente un tratado del arte de cortar ó trinchar en las mesas de los reyes y grandes señores, viene á resultar, por natural conexión de los asuntos, un verdadero arte de cocina, el más antiguo que tenemos, anterior en más de medio siglo al famoso *Libro de guisados* de Ruperto de Nola. Comienza D. Enrique por declarar «las condiciones é costumbres que pertenescen al cortador de cuchillo», exigiéndole «barba raída, uñas mondadas á menudo é bien lavado rostro é manos», encomendán-

dole mucho que se guarde «de traer botas, mayormente nuevas, aforrada que huele mal al adobo», y que no se olvide de llevar «guarnidas sus manos de sortijas que tengan piedras ó engastaduras valientes contra ponzoña é ayre infecto, asy como rubí, é diamante, é girgonza, é esmeralda, é coral, é olicornio, é serpentina, é besuhar, é pirofiles: la que se fase del corazón del ome muerto con veneno....., é si quier endurecida ó lapidificada en fuego reverberante». No olvida, por de contado, las *luas* ó guantes de buen olor, que no han de ser de raposo ni de gato, sino «de cuero de gamo, ya traydas, é de paño de escarlata, fechas de aguja». Particularmente insiste en la limpieza y pulcritud de la boca y del aliento, para lo cual han de usarse «lignáloe y almástiga, cortesas de cidra, fojas de limón é flores de romero», mondando y fregando los dientes «con coral molido, alum, clavos, canela y otras especias, revueltas y condidas con miel espumada».

Con la misma exquisita pulcritud y atildamiento enumera y describe «las diversas fechuras de los cuchillos» y demás instrumentos necesarios al cortador, tales como las *brócas* ó tenedores, los *pereros* y los *punganes*, encomendando mucho que todos ellos se custodien en una arqueta con cerradura, «poniendo en el arca buenos olores, así como madera de savina, é de ciprés é rama de romero...», porque toma dél buen olor é suave.

«En tanto que esto se fase, la vianda llega» (prosi-gue D. Enrique). Y aquí comienza un monstruoso catálogo de «aves, animalias de cuatro pies, pescados, frutas y yerbas, que se comen por mantenimiento é plaser de sus sabores», sin pasar en silencio otras muchas y muy inauditas, que «se comen por melesina, así como la carne del ome para las quebraduras..... la carne del tasugo viejo por quitar el espanto é temor del corazón, la carne del milano por quitar la sarna, la carne de la abubilla para agusar el entendimiento, la

carne del caballo para faser ome esforzado, la carne del león para ser el ome temido».

Allende de estas cosas *simples* hay «otras compuestas, así como empanadas, pasteles, quesos, albóndigas rellenas, el vientre del puerco adobado, la cabeza de puerco, tripas rellenas, morsillas, longanisas, sopas doradas, fojaldres, panes de figos é otras muchas que se cuentan en el arte del cosinar. Demás desto, turrones mielgados, obleas, letuarios é tales cosas que la curiosidad de los príncipes et ingenio de los epicurios falló é introduxo en uso de las gentes».

Conducidos por D. Enrique penetramos en este nuevo banquete de Trimalchión, aprendiendo peregrinas cosas sobre el modo de presentar el pavón en las mesas regias: «la cola puesta en rueda, con mantellina al cuello, de paño de oro de tercenel, en el que las armas del rey son pintadas»; sobre el tajo del *obispillo* de las aves grandes; sobre la preparación de las perdices, en que con extraordinaria fruición se dilata; sobre los enciclopédicos manjares que llevaban los nombres de *mirrauste*, *capirotada*, *pipotea*, *cabeza de turco*, *figuras é maldades*; y aun sobre refinamientos tan sibaríticos y tan fantásticos como «el sacar el tuétano de carnero» y el tostar y socarrar la espina de trucha gruesa, de suerte que, quitadas «con el gañivete pequeño las espinas quemadas, quede patente la médula ó nervio que pasa los ñudos, el qual es de comer sabroso». Con tales noticias no queda muy bien parada la decantada sobriedad de nuestros antepasados, pues no hemos de creer que D. Enrique, hombre pobre y estudioso, aunque de aficiones un tanto sensuales, fuese una excepción en su tiempo, un nuevo Vitelio ó un nuevo Apicio, sino que, por el contrario, debían de abundar en la corte de D. Juan II los aficionados como él á las turmas de carnero y aun á las de tierra, que ahora comúnmente llamamos trufas.

Se ha dicho que D. Enrique de Villena, considerado como escritor, no tiene ninguna cualidad relevante, y

carece enteramente de color y de nervio. Verdad será tratándose de otros libros, pero no de éste del *Arte Cisorio*, en que, salvo el afán de latinizar, hay páginas descriptivas que por el primor y riqueza de los detalles honran grandemente la lengua castellana del siglo xv. D. Enrique, que en otras materias es un compilador indigesto y farragoso, resultó escritor ameno y pintoresco tratando de cocina: *trahit sua quemque voluptas*. Y por Fernán Pérez de Guzmán sabemos que D. Enrique *comió mucho*. Hasta la cómica gravedad con que expone su doctrina, como si se tratase de la ciencia más ardua é importante, hace deleitable y sabrosa la lectura de tan peregrino libro.

El servicio más positivo que el de Villena parece haber prestado á la cultura nacional, en medio de tantas lucubraciones absurdas ó frívolas (aunque para nuestra curiosidad de hoy sean inestimables) fué traducir por primera vez al castellano el poema de Virgilio y el de Dante. La traducción de la *Eneida*, que tiene probablemente el gran mérito de ser la más antigua en ninguna lengua vulgar (puesto que antes sólo existían compendios, y D. Enrique se refiere á uno catalán y á otro italiano, que será, sin duda, el titulado *Fatti d'Enea*) ha llegado á nosotros íntegra, si bien dividida en tres distintos códices, de Madrid, de Sevilla y de París. Fué comenzada, según declaración del autor, en 28 de Septiembre de 1427, y terminada un año y doce días después, en 10 de Octubre de 1428: celeridad ciertamente inaudita y que raya en lo maravilloso si damos crédito á todo lo que de sí propio nos refiere el traductor en la glosa 22: «mayormente mezclándose en ella muchos destorbos, así de caminos como de otras ocupaciones en que le complía de entender.... que durante este tiempo fiso la traslación de la *Comedia* de Dante, á preces de Iñigo López de Mendoza, é la *Rhetórica de Tulio nueva* (1) para algunos que en

(1) Así se llamaba en la Edad Media la *Retórica á Herennio*

vulgar la querían aprender; é otras obras menores de epístolas é arengas é proposiciones é principios en la lengua Latina, de que fué rogado por diversas personas, tomando esto por solás, en compensación del trabajo que en la *Eneyda* pasaba é por abtificar el entendimiento, é disponer el principal trabajo de la dicha *Eneyda*.

Esta traducción fué emprendida á ruegos del rey de Navarra, entonces, y después de Aragón, Don Juan II, que «fasiéndose leer la *Comedia* de Dante, reparó en que alababa mucho á Virgilio, confesando que de la *Eneyda* avía tomado la doctrina para ella, é fiso buscar la dicha *Eneyda*, si la fallaría en romance, porque él non era bien instruido en la lengua latina... é fué movido el dicho rey de Navarra á enviar desir por su carta afincadamente á D. Enrique, que trasladase la *Eneyda*».

Prueba esta versión, aun hecha con tanto atropellamiento, que D. Enrique, para su tiempo, sabia bastante latin, aunque distase harto de ser humanista de profesión, como ya los había en Italia, y muy pronto iba á haberlos en España. Tradujo á libro abierto y sin pararse en barras, valiéndose del primer códice que halló á mano, y que seguramente no era muy bueno, pero por eso mismo es de maravillar que no sean todavía más frecuentes y más groseros sus errores. Lo insufrible en esta versión es el estilo, la hueca é hinchada prosa poética llena de transposiciones extravagantes y descoyuntaduras de dicción, con que D. Enrique pretende remedar la pompa sonora del metro latino. Recuerda exactamente el apólogo de la rana ahuecando los carrillos para remedar al buey. Para que el estilo resulte todavía más abigarrado y pedantesco, tuvo el traductor la infeliz idea de intercalar en el texto mis-

(tenida hoy por obra anterior á Cicerón, y probablemente de Cornificio) para distinguirla de los dos libros *De Inventione*, que llamaban la *Retórica Vieja*.

mo una porción de paréntesis y aclaraciones que le parecieron necesarias, y que le hacen caer á cada momento de los zancos en que temerariamente se había subido. Son las que él llama «expresiones *subintellectas*, siquier impricitas ó oscuro puestas, segund claramente verá el que ambas las lenguas latina é vulgar sopiere é oviere el original con esta treslación comparado. Esto fise porque sea más tractable é meior entendido é con menos estudio é trabajo».

Pero D. Enrique no daba grande importancia al trabajo de su traducción, con ser éste tan útil y loable. De lo que estaba satisfecho y enamorado era de las pedantescas y enciclopédicas glosas con que la había abrumado, y que, aunque sean de todo punto inútiles para la inteligencia del texto virgiliano, son de gran importancia para el conocimiento de las ideas y educación científica de D. Enrique, de su erudición caudalosa y varia, sin duda, pero tan confusa, tan destartalada, tan desprovista de espíritu crítico y aun de buen seso.

A pesar de lo mucho que D. Enrique encarece á los futuros copistas de su *Eneida* que por ningún caso dejen de trasladar las glosas y que rechacen como una mala tentación el prescindir de ellas, ó los copistas no le obedecieron ó el mismo D. Enrique (y esto es más creible) se cansó de glosar y de amontonar fárrago, puesto que las glosas conocidas recaen únicamente sobre los tres primeros libros. Todas, ó alguna parte de ellas, se copiaron aparte y sin el texto, considerándolas, sin duda, como un centón ó silva de diversas cuestiones, y así están en un códice del cabildo de Toledo y en otro que yo poseo.

De la traducción de la *Divina Comedia* nada sabemos fuera de la noticia que el mismo D. Enrique da en la ya transcrita glosa de la *Eneida*. En cuanto á la traducción anónima del primer canto del *Infierno*, contenida en un códice escurialense, acompañada de una larga glosa y de algunas observaciones muy curiosas sobre la escritura y pronunciación de la lengua italia-

na, nos inclinamos á creer, con el Sr. Amador de los Ríos, que ni por el estilo, que no es el bien conocido y característico de D. Enrique en su segunda manera; ni por la índole del trabajo, que parece de un pedagogo ó maestro de lengua italiana; ni por la ausencia de todo proemio ó dedicatoria á D. Íñigo López de Mendoza, á preces del cual se hizo la traducción del de Villena, según él propio declara; ni, finalmente, por la circunstancia de no pasar del primer canto, desistiendo el traductor formalmente de su empresa al terminarle, puede identificarse con la versión de Don Enrique, que hubo de ser completa, tuviese glosas ó no. Ni parece nada inverosímil que de libro tan famoso y divulgado como el de Dante, que era por entonces en España una especie de breviario poético, se hiciesen simultáneamente varias traducciones, como lo prueba la catalana de Andreu Febrer, que es precisamente de este mismo año de 1428.

Don Enrique de Villena hizo versos, sin duda, pero no creemos que fuese muy fecundo ni muy aplaudido poeta. De otro modo, ¿cómo se explicaría el raro fenómeno de habernos quedado de él tantas y tan diversas obras en prosa, y no conservarse un solo verso suyo en los innumerables cancioneros del siglo xv, que no ya á tanta medianía, sino á tanto poetastro y coplero insulso dieron franca hospitalidad? Porque recurrir aquí al expediente de la quema de los libros me parece absurdo. Ni D. Juan II, trovador él mismo y grandísimo protector de la gaya ciencia, ni hombre tan culto como Fr. Lope Barrientos hubieran entregado á las llamas obras inofensivas y puramente poéticas, que eran las que más se apreciaban en aquella época. Lo más verosímil es que D. Enrique de Villena no hizo versos más que en su juventud, y éstos quizá en catalán más bien que en castellano, y luego abandonó definitivamente la poesía para dedicarse á otras erudiciones. Sólo así se explica su total ausencia del pobladísimo parnaso de los *Cancioneros*.

En cuanto á las dos coplas de las *Fazañas de Ércules*, insertas en la *Biblioteca* que de sus propias obras formó D. José Pellicer de Salas y Tobar, basta leerlas para ver en ellas la mano de un falsario del siglo xvii, probablemente del mismo Pellicer, bien abonado para este género de *fazañas*.

Pero si no hay versos de D. Enrique, tenemos á lo menos los curiosísimos fragmentos de la *Poética* ó *Arte de Trovar*, que dirigió á D. Íñigo López de Mendoza en 1433, salvados por Mayans en sus *Orígenes de la lengua española*. La pérdida del libro entero será para siempre lamentable. Al parecer, todavía existía en el siglo xvii, y le poseyó el gran D. Francisco de Quevedo, que se refiere á él en su prólogo á las *Poesías* de Fr. Luis de León. Las reliquias que hoy tenemos no bastan para adivinar el plan y contenido del tratado, pero sí para determinar su genuino carácter de imitación de las poéticas provenzales y catalanas, que comienzan en Ramón Vidal de Besalú, y de las cuales hace D. Enrique una especie de enumeración no exenta de errores cronológicos (1). Considerado como preceptista, D. Enrique es un eco del Consistorio de Tolosa. Lo más interesante que esos fragmentos contienen es el trozo histórico ya citado, en que se describe el aparato de las justas poéticas de Barcelona; y ciertas curiosísimas observaciones sobre la pronunciación y escritura de las letras, importantes por los fenómenos fonéticos de que nos dan testimonio, y doblemente venerables por ser, sin duda, el primer ensayo de una prosodia y de una ortografía castellanas. Allí aprendemos, v. gr., que la *ç* se pronunciaba *con los dientes apretados sisilando*; que la *e*, puesta entre vocales, se consideraba como de *agro son*, y que por temprarla la sustituían con una *t*, pronunciándola como

(1) Los autores que cita, además de Ramón Vidal, son: Jofre de Foxá, Berenguer de Troya, Guillermo Vedel de Mallorca, y Fr. Ramón Cornet.

c con muelle son; que la *h* se aspiraba fuertemente (facia aspiración abundosa) en la oquedad del paladar, pero era muda en los nombres propios cuando la precedía una *c*; que la *x* en principio de dicción «retraía el son de *s*, pero le facia más lleno»; y otras curiosidades por el mismo orden, aunque desgraciadamente no nos dan toda la luz que quisiéramos, por lo incompleto de estos fragmentos y por las libertades que seguramente se permitió Mayans al imprimirlos. Así y todo, cada letra de este pequeño retazo merece ser pensada y considerada atentamente.

III

Personaje de otra cuenta que D. Enrique de Villena en la historia de las letras españolas es el señor de Batres, Fernán Pérez de Guzmán, el cual reclama la atención de la crítica bajo el triple carácter de historiador, moralista y poeta. Este último aspecto es el que ahora más directamente nos atañe; pero como es imposible separarle de los dos primeros, puesto que su poesía no es más que una forma inferior de su doctrina moral y de su experiencia de la vida, algo hay que decir de su persona y de la dirección general de sus ideas y estudios.

Sobrino del Canciller Ayala y tío del Marqués de Santillana, hereda Fernán Pérez de Guzmán las tradiciones didácticas del siglo XIV y las transmite íntegras al XV. Moralista, cronista, hombre de guerra, político sagaz y desengañado, amante de la antigüedad y prosista de tendencias clásicas, los principales rasgos de la fisonomía de Ayala reaparecen en la suya. El fondo de su poesía es idéntico también al fondo ético de *El Rimado de Palacio*; pero como los tiempos eran diversos y los recursos del arte habían cambiado, el espíritu doctrinal de Fernán Pérez, aun prefiriendo

la forma de exposición directa á la forma alegórica en que se complacían los dantistas, no intenta la renovación, ya imposible, del metro y los procedimientos del *mester de clerecía*, y sigue, aunque con rumbo grave y severo, las corrientes de la literatura de su tiempo, formulando la enseñanza moral en composiciones relativamente breves y bastante líricas, á lo menos en sus formas métricas.

De poeta tenía realmente poco, aunque de su sangre había de nacer uno tan grande como Garcilaso de la Vega. La preocupación austera del moralista, el fin inmediato de sus predicaciones, la monotonía de los lugares comunes en que se explaya, con el candor propio de aquellos tiempos, en que las mayores vulgaridades parecían profundos conceptos siempre que vienesen cubiertas y protegidas por el manto de Séneca ó de Boecio, cortan las alas á su fantasía, que tampoco parece haber sido muy viva ni muy luminosa, y hacen en extremo árida la lectura seguida de sus obras poéticas, de las cuales, no obstante, se pueden entresacar de vez en cuando trozos notables por la energía sentenciosa de la expresión, ya que no por la amenidad y floridez del lenguaje.

Fué, en desquite, uno de los grandes prosistas del siglo XV, y uno de los primeros analistas y observadores de la naturaleza moral, que, mediante esta observación, renovaron la historia, haciéndola pasar del estado de crónica al de estudio psicológico que principalmente ha tenido en los tiempos modernos. La verdadera gloria del señor de Batres en esto consiste, y bien ha podido decirse del pequeño volumen de sus *Generaciones y Semblanzas*, no menos que de los *Claros Varones* de su imitador y émulo Hernando del Pulgar, que enseñan á conocer á los hombres más que casi todas nuestras historias juntas. En esos retratos tan breves, de corte tan moderno, compuestos con tanta habilidad y con tan disimulado artificio, sin omitir ni rasgo fisionómico ni cualidad moral relevante en el